



Poder de género y doble estándar

María de los Angeles Fernández
Directora Ejecutiva, Fundación Chile 21
Académica, Universidad de Chile

Las palabras de la Presidenta Bachelet, acusando el trato distinto que reciben hombres y mujeres en la vida política frente a comportamientos similares, derivaron en una polémica inevitable. A ello no dejaron de contribuir las afirmaciones de la senadora Matthei, recordando que “las chicas duras no lloran” y que la política tiene reglas que hay que aceptar. Astuta esta vez la derecha, fue una mujer de sus filas la que intentó poner los puntos sobre las *ies*. Un guiño a lo “políticamente correcto”, para eludir, de paso, los ataques de machismo.

La Presidenta es acusada de autovictimizarse, más aún habiéndose referido a la expresión de “femicidio político”, en un contexto donde resulta dificultosa una evaluación serena de sus meses de gestión, producto del “tsunami” Transantiago. Sin embargo, esta escaramuza verbal, que pone sobre el tapete asuntos relativos a la relación entre el poder político y el género, merece comentarios. Mal que mal, no será ésta ni la primera ni la última vez que esto suceda, dado el avance de las mujeres en distintos ámbitos de la vida pública. Ahí tenemos el caso de Hillary Clinton, irrefrenable en su carrera por la nominación del partido demócrata, en Estados Unidos. A estas alturas, la sola mención de su nombre es lo único que logra unificar a las huestes republicanas. Como no pueden atacarla en sus credenciales



profesionales, la acusan -no sin irritación- de histérica, les molesta su risa y hablan de su inexperiencia en asuntos de gobierno.

La Presidenta Bachelet constató una realidad: el doble estándar para juzgar el desempeño político de acuerdo al sexo. Esta situación está ampliamente documentada por la academia, a lo que hay que añadir el fenómeno de sobreselección: las mujeres deben aceptar que trabajarán el triple para obtener los mismos resultados.

Tampoco debe extrañar la actitud de la senadora Matthei, ejemplificadora de las mujeres que adoptan códigos masculinos para insertarse en propiedad en la arena política.

Este episodio es revelador de la encrucijada que experimentan las mujeres en política: mientras la Presidenta está empeñada en impulsar un estilo distinto, más dialogante, cooperativo y carente de agresividad, integrando a mujeres y jóvenes en un sistema político dramáticamente petrificado, la senadora Matthei representa un caso de docilidad frente a los parámetros políticos tradicionales, modelados por la experiencia masculina, más vinculados al comando, la jerarquía y el control, contribuyendo a su reproducción. Para muchas de sus congéneres puede resultar incomprensible su aceptación, que raya en el masoquismo, del “valle de lágrimas” que supone la política con sus costos, exigencias y dureza. No se entiende que ella no quiera evitarle a las nuevas generaciones de mujeres, en la medida de lo posible, lo que ella tuvo que vivir.



Está por verse la eficacia del proyecto presidencial de transformación cultural de la política. Nuestro sistema político presenta amplias oportunidades para la expresión del machismo institucional a través del sistema electoral y los partidos. Se observan, hasta ahora, disonancias entre lo que ella pretende y los actores políticos. Surge la legítima duda acerca de si, en algunas de las actitudes de los parlamentarios “díscolos”, no habrá alguna pizca de este ingrediente.

Mientras tanto, seguimos aprendiendo cosas: la primera, que resulta difícil ignorar el género en cualquier análisis acerca del liderazgo político femenino, pero que también hay que evitar utilizarlo como posible excusa para justificar desaciertos; y, la segunda, que no sólo hay que prestar atención a los obstáculos que enfrentan las mujeres en su vía de acceso al poder político, sino también a aquéllos con los que deben lidiar una vez que detentan su ejercicio.